

¿Quién tiene el poder en la Casa Blanca de Joe Biden?

Via [The Call](#)

Se debe otorgar crédito cuando se necesita crédito. Bernie tiene razón al llamar al paquete de estímulo de Biden “la legislación más importante para beneficiar a las familias trabajadoras en la historia moderna de este país” (por muy bajas que sean las expectativas). Mediante pagos directos, el American Rescue Plan ha aumentado los ingresos de la mayoría de los estadounidenses de clase media y trabajadora. Creó un crédito fiscal temporal para los niños. Extendió generosas prestaciones por desempleo hasta septiembre. Y salvó a los gobiernos estatales y locales para evitar un regreso a la austeridad.

El paquete de estímulo es un esfuerzo significativo y ambicioso para resucitar una economía débil, y los trabajadores estarían mucho peor sin él. Y aunque es un poco más pequeño que la Ley CARES firmada por el presidente Trump en la primavera de 2020, el Plan de Rescate Estadounidense centra casi todo su apoyo en la gente común en lugar de rescatar a las corporaciones.

La medida hace que algunos liberales se pregunten si finalmente tendrán un verdadero amigo en la Casa Blanca. Anand Giridharadas especula que la presidencia de Biden puede ser «transformadora». The Daily Beast advierte a los progresistas: «Conoce a tu nuevo héroe: Joe Biden».

Es cierto que la política económica de Biden hasta ahora marca un cambio del régimen de austeridad de Barack Obama y la orgía de recortes de impuestos de Donald Trump. Pero la pregunta para la izquierda no es dónde está el corazón de Biden. Es esto: ¿quién tiene el poder? La respuesta a esa pregunta

determinará las oportunidades y los límites de la reforma durante los próximos cuatro años.

En una inspección más cercana, hay razones para dudar del aplauso triunfal del ala progresista del Partido Demócrata. Biden puede haber roto la lógica de la austeridad. Pero esto no es una prueba de si el mundo empresarial todavía tiene el poder en DC y dentro del propio Partido Demócrata, y si están listos y son capaces de cerrar más reformas. De hecho, una lectura atenta de los acontecimientos del año pasado muestra que el cambio anti-austeridad de Biden cuenta con el apoyo entusiasta de la clase multimillonaria.

Es sobre la cuestión de si Biden puede aumentar significativamente los impuestos a las corporaciones y los ricos, y lograr un cambio fundamental en la legislación laboral, que realmente veremos si el dominio corporativo de la política estadounidense ha cambiado fundamentalmente.

Hasta ahora, no hay indicios de que lo fuera. A las empresas les encantó el estímulo de Biden (salvó a muchos de la ruina económica), pero se sometieron a duras reformas y Biden parece estar contraatacando. Y mientras los políticos están indecisos sobre un mayor gasto y redistribución, el verdadero contrapoder del control corporativo – el movimiento sindical, la izquierda y los movimientos sociales – sigue lamentablemente desorganizado y mal preparado para las luchas que se avecinan. En ese momento, los socialistas deben tener una visión clara de los desafíos, continuar enfatizando nuestras diferencias con el Partido Demócrata controlado por las corporaciones para construir una alternativa real y abogar por una nueva ronda de lucha contra el establishment político.

Los orígenes de la «Bidenomía»

Para apreciar completamente de dónde viene el cambio anti-austeridad de Biden, tenemos que remontarnos a 2008.

La Gran Recesión supuso una prueba para el orden neoliberal a

la que no estaba preparado para responder. Como dice David Kotz en su revisión de la situación económica durante la última década:

“La crisis financiera y la Gran Recesión de 2008 marcaron el final del período en el que la forma neoliberal de capitalismo promovió la expansión económica normal... Normalmente... las recuperaciones [de las recesiones] son □ relativamente rápidas, dada la presencia de una amplia fuerza laboral disponible y la capacidad productiva no utilizada, normalmente con un crecimiento del PIB del 4% o más. Sin embargo, destaca la recuperación posterior a 2009, con una tasa de crecimiento anual de tan solo el 2,3%. A pesar de la expansión de una década después de la crisis financiera, la tasa de crecimiento del PIB desde el pico anterior a la crisis en 2007 hasta el pico en 2019 fue solo del 1,7%. Estos datos indican claramente una condición de estancamiento prolongado”.

Para empeorar las cosas, en la década de 2010, la lenta expansión económica se asoció con un crecimiento anémico de la productividad laboral. Entre 2007 y 2019, la productividad de los trabajadores creció solo un 0,8% por año, en comparación con el 2,1% entre 1979 y 2007.

Al principio, a pesar de este estancamiento, nada cambió mucho en el mundo de la política general. Después de aprobar un paquete de rescate que la mayoría de los economistas ahora admiten que es demasiado pequeño, Barack Obama y los demócratas se unieron al gobierno para recortar el gasto federal y promulgar una nueva ronda de austeridad.

Pero algo comenzó a cambiar durante la década. Después de 30 años de cantar el himnario de Reagan, los economistas demócratas estuvieron entre los primeros en el establishment político que empezaron a cuestionar la lógica de la austeridad.

Uno de los primeros en dudarlo fue Larry Summers. Summers ha sido un mediador entre el Partido Demócrata y el mundo empresarial desde los años de Clinton. Fue en parte bajo su tutela que toda una generación de economistas demócratas se crió en el molde de Reagan.

En 2013, Summers cambió su alineación. Alarmado por las bajas tasas de crecimiento en todo el mundo, Summers advirtió que la economía global estaba cayendo en un período de «estancamiento secular». Para 2019, él y su discípulo Jason Furman estaban estableciendo conexiones explícitas entre las crisis social, ecológica y económica e instando a los políticos a abandonar cualquier compromiso con la austeridad. “Mucho más apremiantes [que la deuda federal] son los problemas de la lánguida participación en la fuerza laboral, el lento crecimiento económico, la pobreza persistente, la falta de acceso a un seguro médico y el cambio climático global. Los políticos no deben permitir que los grandes déficits les impidan hacer frente a estos desafíos fundamentales».

Summers y Furman por sí solos no pudieron cambiar la estrategia del Partido Demócrata. A lo largo de la década de 2010, el partido en su conjunto no mostró signos de realizar un cambio claro de política. Pero las tensiones en el orden neoliberal estaban a punto de verse exacerbadas por los acontecimientos, y fuerzas mucho más poderosas desafiarían ciertos supuestos neoliberales.

El mercado cambia de tono

La crisis de COVID-19 y el espectro del colapso económico fueron el tipo de catalizador necesario para cambiar el sentido común político en el mundo empresarial.

A pesar de una campaña primaria débil sin una agenda clara, en las elecciones generales Joe Biden prometió un estímulo significativo para abordar la pandemia y la crisis económica. Pero en lugar de repeler el mundo empresarial, como podría

haberlo hecho en años pasados, la promesa de la “bidenomía” actuó como un imán para los directores ejecutivos y líderes corporativos, y su apoyo fortaleció la posición de Biden.

Una encuesta de Yale a los principales directores corporativos estadounidenses encontró que el 77% planeaba votar por Joe Biden en las elecciones presidenciales de 2020. Los directores ejecutivos también unieron su apoyo al Partido Demócrata con sus billeteras. Los datos sugieren que los directores ejecutivos de las empresas más grandes que donaron a Biden superaron en número a los que donaron a Trump en 2 a 1. Los grandes donantes en su conjunto representaron el 61 por ciento del presupuesto de guerra de Biden.

La lista de donantes de Biden para 2020 dice quién es quién de la clase dominante de Estados Unidos. Hay gerentes y ejecutivos de Blackstone, Bain Capital, Kleiner Perkins, Warburg Pincus y otras grandes firmas de Wall Street, así como productores de Hollywood, directores ejecutivos de Netflix y emprendedores tecnológicos. Los principales donantes fueron «Biden Victory Partners», y los subcampeones fueron «Protectores», «Unifiers», «Philly Founders» y miembros del «Scranton Circle» y la «Delaware League». Las donaciones permitieron a Biden abrir una gran ventaja sobre Trump en la recaudación de fondos en la última etapa de la campaña.

Podemos hacernos una idea de lo que motivó a la mayoría de los líderes de casi todos los sectores de las grandes empresas a consolidarse detrás de Biden gracias a los bocetos de uno de los mayores titanes de Wall Street.

Jamie Dimon es el CEO multimillonario de JPMorgan Chase. La era neoliberal ha sido muy buena para Jamie. Pero la última década le ha pesado, y Dimon ahora cuestiona algunas partes del sentido común neoliberal que lo hizo rico. De hecho, suena mucho como si hubiera reflexionado sobre las advertencias de Summers y Furman y otros economistas demócratas y hubiera salido del experimento con una visión del mundo ligeramente

alterada.

En su informe para accionistas de 2020, Dimon culpa al estancamiento a largo plazo y a las decisiones políticas por las bajas tasas de crecimiento. “Toda esta política fallida puede explicar por qué, en los últimos 10 años, la economía de Estados Unidos ha crecido acumulativamente solo alrededor del 18%. Algunos piensan que esto suena satisfactorio, pero debe ponerse en contexto: en períodos anteriores de fuerte recesión (1974, 1982 y 1990), el crecimiento económico fue del 40% durante los 10 años siguientes».

Pero Dimon no se detiene ahí. Sostiene que el estancamiento secular y la desigualdad también están en la raíz de la crisis política del país:

“Los estadounidenses saben que algo ha ido terriblemente mal y culpan a los líderes de este país: la élite, los poderosos, los que toman las decisiones, en el gobierno, en las empresas y en la sociedad civil. Esto es completamente apropiado, ya que ¿quién más debería asumir la culpa? Y la gente tiene razón en estar enojada y decepcionada... Nuestros fracasos alimentan el populismo tanto en la izquierda como en la derecha política... Muchos de nuestros ciudadanos son inseguros, y la línea de falla de toda esta discordia es un sueño americano agotador: la enorme riqueza de nuestro país se acumula para muy pocos. En otras palabras, la línea de falla es la desigualdad”.

El desafío ahora, argumenta Dimon, es cortar el populismo izquierda y derecha antes de que empeore la situación. (Quién sabe exactamente a qué se refiere Dimon aquí, pero parece razonable suponer que tenía a Trump y Bernie en mente). «El [p]opulismo no es política, y no podemos permitir que provoque otra ronda de mala planificación y mal liderazgo que simplemente empeorará la situación de nuestro país».

Dimon sueña con un nuevo «Plan Marshall» para los Estados

Unidos. Entre otras cosas, haría que el gobierno aumentara el salario mínimo para aumentar la participación en la fuerza laboral. Haría que la red de seguridad fuera menos complicada y de más fácil acceso, e introduciría programas de cuidado infantil para ayudar a los padres con dificultades. Eliminaría los cargos inesperados de atención médica e introduciría una opción de seguro nacional catastrófico (aunque los detalles de cómo se vería esto no están claros). Gastaría cientos de miles de millones de dólares al año en infraestructura. Y promulgaría una reforma migratoria integral.

Bidenomía de apoyo empresarial

Si el sueño de Dimon y la consolidación del apoyo de las grandes empresas detrás de Biden sugieren que las empresas estaban listas para abandonar la austeridad en 2020, sus acciones en 2021 no dejan lugar a dudas. Y es este cambio en el mundo empresarial lo que debemos dar crédito al regreso progresivo de Biden.

Una vez que Biden fue elegido, el mundo empresarial entró rápidamente en las hileras en torno a la demanda de un nuevo paquete de estímulo masivo.

Michelle Gass, directora ejecutiva de Kohl's, expuso el asunto sin rodeos al explicar su apoyo (y el apoyo de otros minoristas importantes) a un nuevo paquete de estímulo dirigido a la gente corriente: «Cualquier cosa que ponga dinero en los bolsillos de nuestros clientes es una cosa buena».

Un mal informe mensual de empleos en febrero fue interpretado como una buena señal por un gran gerente de inversiones por el efecto que podría tener sobre el aumento del tamaño del estímulo. «Es uno de esos casos de 'malas noticias son buenas noticias', al menos en lo que respecta a los mercados, porque aumenta las posibilidades de un gran paquete».

Incluso los propietarios de pequeñas empresas, que apoyaron a

Trump relativamente más que a sus grandes socios comerciales en 2020, apoyaron con entusiasmo un nuevo estímulo importante. Una encuesta de CNBC mostró que el 61 por ciento de los propietarios de pequeñas empresas apoyaban el paquete.

Un economista de Deloitte dijo con seguridad: «Lo que es bueno para Estados Unidos es bueno para los bancos». El proyecto de ley de rescate evitará que las personas incumplan con sus hipotecas, el dinero para el [Programa de protección de cheques de pago] evitará que las empresas que pueden tener préstamos pendientes fracasen, etc.» El documento comercial de American Banker concluyó: «En esta crisis, la Casa Blanca y los bancos están en el mismo equipo».

Tan grande era la esperanza del mundo empresarial de un estímulo masivo que incluso los rumores más pequeños sobre su destino podrían enviar al mercado a una pirueta o un boom. A fines de enero, cuando el mercado temía que Biden pudiera ceder a las objeciones republicanas al gran precio de estímulo, las acciones cayeron y Wall Street tuvo su peor día en meses.

A principios de febrero, Biden convocó una reunión de líderes corporativos para defender el paquete de estímulo. Jamie Dimon, Doug McMillon de Walmart, Tom Donohue de la Cámara de Comercio y Marvin Ellison de Lowe's estuvieron entre los directores ejecutivos cortejados. Las empresas se regocijaron por su nueva proximidad a la Casa Blanca (Josh Bolten, director ejecutivo de Business Roundtable habló de gestión): «La comunicación con la comunidad empresarial es buena y el tono es bueno». Mike Sommers, del American Petroleum Institute, señaló: “Mis directores ejecutivos se sorprendieron gratamente por el nivel de participación que la industria ha recibido hasta ahora”.

Biden no tuvo que esperar mucho para que este ritual de noviazgo de las grandes empresas rindiera frutos en forma de un estímulo empresarial. A fines de febrero, 170 líderes

empresariales en Nueva York, incluidos David Solomon de Goldman Sachs, Stephen Schwarzman de Blackstone, Larry Fink de BlackRock y Ken Jacobs de Lazard, firmaron una carta a los líderes del Congreso respaldando con entusiasmo el plan de rescate.

Justo después de que finalmente se firmó el proyecto de ley de 1,9 billones de dólares, una encuesta trimestral realizada por Business Roundtable mostró un fuerte salto en la confianza de los directores ejecutivos en la economía y en los planes de contratación e inversión. El CEO de Business Roundtable lo calificó como «una de las recuperaciones de optimismo más rápidas y nítidas en la historia de nuestra encuesta». Una encuesta similar realizada por la Asociación Nacional de Fabricantes mostró que el optimismo de los miembros subió a un 88%. Una encuesta de Yale a 80 directores ejecutivos a mediados de marzo mostró un apoyo del 71 por ciento al estímulo, aproximadamente lo mismo que el 70 por ciento del público que lo apoyó. La encuesta también encontró que los minoristas y los ejecutivos de la industria del ocio estaban entusiasmados con la posibilidad de que los pagos directos se traduzcan en lucros crecientes.

Los comentarios de los principales líderes empresariales fueron igualmente entusiastas. Eric Schmidt, director ejecutivo de Google, señaló: “Hasta ahora [Biden] parece entender a dónde debe ir el dinero. El típico empresario dirá que las cosas están bien ahora mismo”. James Taiclet, CEO de Lockheed Martin, se jactó: “La gerencia de Biden reconoce claramente que todos estamos en la era de esta gran competencia por el resurgimiento del poder. Veo grandes oportunidades para la cooperación de defensa internacional bajo esta administración, y eso beneficiaría a Lockheed Martin, espero”.

A finales de marzo, las apuestas de las grandes empresas por Biden parecían estar dando sus frutos.

Las luchas por venir

La pregunta ahora es qué viene después.

Desde la promulgación del Plan de Rescate Estadounidense, Biden y los demócratas han anunciado nuevos objetivos para aumentar el gasto en infraestructura y ampliar la red de seguridad social.

El paquete de infraestructura (el «Plan de Empleo Estadounidense») inicialmente incluía 2 billones de dólares en gastos durante los próximos años, que se pagarían mediante un aumento de los impuestos corporativos. Invertirá más dinero en infraestructura de transporte y vehículos eléctricos, diversas iniciativas ecológicas, subsidios para fabricación e P&D, asistencia para ancianos y discapacitados, banda ancha y capacitación laboral. La expansión de la red de seguridad social (el «Plan de Familias Estadounidenses») incluye \$ 1.8 billones en gastos en educación, cuidado de niños y licencia familiar pagada.

Una vez más, las propuestas de gasto reflejan ideas populares en el mundo empresarial. Después de que se aprobó el Plan de Rescate Estadounidense, la Mesa Redonda de Negocios inició un impulso entusiasta para el gasto en infraestructura de transporte, expansión de banda ancha y diversas iniciativas ecológicas. Las propuestas de cuidado infantil del American Families Plan reflejan la visión de Dimon de un nuevo Plan Marshall para el país.

Pero a diferencia de la factura de ayuda que se pagó pidiendo dinero prestado, estas nuevas iniciativas inicialmente tuvieron que pagarse con impuestos más altos. Y las propuestas de elevar la tasa del impuesto de sociedades del 21% al 28% y de aumentar varios impuestos a los ricos han sido un objeto particular de enfado por parte de la clase dominante.

Al principio, la Cámara de Comercio denunció los aumentos de impuestos corporativos propuestos como «peligrosamente

equivocados», a pesar de que el plan ni siquiera restablecería las tasas al nivel del 35% anterior a Trump. El presidente ejecutivo de Raytheon advirtió sobre un recorte del 20% en las inversiones de la compañía si se aprobaba el aumento. Tras conocer los planes de la administración de duplicar la tasa impositiva para los ricos, varios inversionistas describieron el plan como «una locura», una amenaza para la «gallina de los huevos de oro que es Estados Unidos» y una «bofetada a los empresarios».

La gerencia inmediatamente comenzó a ceder. Poco después de que se anunciaran los planes, los empleados de Biden respondieron al impulso corporativo insistiendo en que estaban dispuestos a dar marcha atrás en sus ambiciones. Pete Buttigieg, secretario de Transporte de Biden, aseguró a ABC: «Creo que encontraremos un espacio muy bueno y sólido para negociar esto». Sabemos que esto está entrando en un proceso legislativo en el que vamos a escuchar de ambos lados del pasillo, y creo que van a encontrar que el presidente tiene una mente muy abierta». Brian Deese, del Consejo Económico Nacional de Biden, dijo a Fox News el domingo: «Si a la gente le parece demasiado agresivo, nos encantaría saber cuáles son sus planes. Es algo sobre lo que queremos tener una conversación». (Por personas de Deese, presumiblemente, se refería a los líderes del mundo empresarial). En declaraciones a más de 50 directores ejecutivos de Google, AT&T, Dell, Ford, Intel y otras empresas, el Secretario de Comercio de Biden dijo sobre las negociaciones con el mundo empresarial: «Me sentí alentado. A nadie le gusta hablar de pagos, pero hay margen para el compromiso».

Ahora parece que Biden y su equipo están cerca de alcanzar ese «espacio de negociación». La Casa Blanca parece haber aliviado la presión para aumentar los impuestos corporativos en el último proyecto de ley y reducido el tamaño del paquete a \$ 1 billón.

Y si el resto del historial de la administración hasta ahora

es una indicación de lo que vendrá, las posibilidades de que el equipo de Biden se meta en una gran pelea con sus patrocinadores corporativos parecen escasas. Cuando el congresista del Senado planteó objeciones técnicas a la inclusión de un plan para aumentar el salario mínimo a \$ 15 dólares/hora en el paquete de estímulo, la administración pareció más aliviada que cualquier otra cosa. La Casa Blanca tampoco se comprometió, en respuesta a las demandas laborales, a utilizar trucos parlamentarios para aprobar el Ato PRO (un gran conjunto de reformas de la legislación laboral). Sobre cualquier cuestión de transferir algo de poder a la gente de la clase trabajadora, el compromiso de la administración con la reforma parece evaporarse repentinamente.

¿Podemos retroceder?

No debe haber dudas que en la lucha por definir qué es la administración Biden, el mundo empresarial está activo en todos los frentes. Como en el pasado, los líderes corporativos están ejerciendo una enorme influencia para definir los límites de lo posible. Y, al menos por el momento, tienen el poder. Es posible que haya espacio para más gastos y menos austeridad gracias a los cambiantes intereses comerciales y el temor a un regreso al estancamiento secular. Pero si el mercado obtiene lo que quiere, no se tolerará ningún movimiento importante que invada significativamente su propio poder, ya sea en forma de aumentos de impuestos corporativos o un movimiento laboral fortalecido.

No es que el mercado siempre logre sus objetivos. Si bien la política estadounidense siempre se ha definido, ante todo, por las reglas establecidas por las empresas dominantes en un momento determinado, algunos períodos han visto mayores concesiones para la clase trabajadora que otros.

Se necesitan movimientos sociales poderosos y proyectos de izquierda, junto con administraciones que al menos estén dispuestas a comprometerse, sea cual sea el motivo, para este

tipo de reforma. Si existe la esperanza de que la administración Biden todavía pueda ser un medio para lograr grandes cambios que podrían fortalecer a la clase trabajadora, se puede encontrar aquí.

Y, en cierto modo, la comparación que a menudo se hace entre Biden y Franklin Delano Roosevelt (FDR) es útil para comprender lo que se necesita para desafiar realmente el poder corporativo y ganar.

Al igual que Biden, FDR comenzó su administración rompiendo con algunos elementos de la ortodoxia económica. Pero en general, los primeros años de FDR (1933-1934) estuvieron preocupados por restaurar las ganancias de las grandes corporaciones. Por su parte, FDR contó con el apoyo de la empresa desde el principio.

No fue hasta 1935 que la administración de Roosevelt comenzó a impulsar reformas más ambiciosas. La reforma de la legislación laboral, las normas laborales nacionales y el Seguro Social se incluyeron en la agenda, en contra de los deseos de muchos de los antiguos amigos comerciales de FDR.

Pero no fue por la bondad del corazón de los demócratas que se generó este cambio. Después de todo, FDR se opuso inicialmente a una reforma significativa de la legislación laboral. Fue solo, como Michael Goldfield lo describe, bajo la presión de un gran malestar social, que la administración cambió de tono.

En 1933, más de 1 millón de trabajadores se declararon en huelga, un aumento de tres veces desde 1932. Y eso fue seguido por casi 1,5 millones de trabajadores en 1934. Casi simultáneas huelgas importantes en Toledo, Minneapolis y San Francisco este mismo año revelaron una creciente militancia en la clase trabajadora estadounidense.

Los movimientos de desempleo sacudieron muchos de los centros urbanos del país, y los partidos comunista y socialista jugaron un papel destacado en estas acciones. Un funeral por

cuatro activistas comunistas asesinados en Detroit en 1932 atrajo entre 20 y 40.000 participantes. El caso de Scottsboro amenazó con precipitar un movimiento de masas entre los trabajadores negros.

A medida que las luchas laborales se intensificaron, el movimiento obrero ejerció presión directa para lograr la reforma de la legislación laboral. AFL realizó manifestaciones masivas para brindar apoyo. Una manifestación en el Madison Square Garden atrajo a 25.000 personas de la clase trabajadora, y la misma cantidad de personas se reunieron en el extranjero. Al día siguiente, un cuarto de millón de trabajadores de la confección hicieron una huelga de un día para apoyar la reforma.

Los defensores del derecho laboral utilizaron las protestas para fortalecer su posición en el Congreso. El senador Robert LaFollette Jr. advirtió que, en ausencia de reforma, el movimiento era una «crisis industrial inminente», una crisis que «provocaría una guerra industrial abierta en Estados Unidos».

Pero hoy, al menos por el momento, no existe tal energía en la base.

La rebelión Black Lives Matter en el verano de 2020 fue lo más cerca que hemos estado de algo similar, pero las protestas masivas han disminuido.

Los activistas climáticos lamentan la falta de militancia en el movimiento climático para impulsar aún más a Biden.

El movimiento sindical está logrando algunos avances en los sectores como los medios de comunicación, la educación superior y los sectores sin fines de lucro, pero la tasa general de sindicalización continúa disminuyendo. Las huelgas han aumentado en los últimos años, pero más allá de las huelgas de maestros, esto no ha sido suficiente para registrarse como un evento nacional importante.

La campaña de la Ley PRO dirigida por la DSA y la lucha por Medicare para todos son luchas encomiables y merecen apoyo. Los defensores de la Ley PRO cambiaron con éxito las posiciones de dos senadores estadounidenses. La entrada de legisladores socialistas al gobierno también fortalece nuestra lucha.

Pero si la historia sirve de guía, lograr reformas en la escala necesaria también requerirá una agitación social generalizada. Y ni siquiera estamos cerca, por ejemplo, de poder precipitar una huelga de un día por cientos de miles de trabajadores en una gran ciudad estadounidense.

El camino por delante

El reducido nivel de militancia desde abajo es en parte el resultado de décadas de persecución y desunión antiizquierdista que cortó el vínculo entre la política socialista y la clase trabajadora. Ese vínculo fue la clave para hacer posible las rebeliones de la década de 1930. Reconstruirlo llevará años de arduo trabajo. Iniciativas como la estrategia de base y las elecciones de lucha de clases que devuelvan a los activistas socialistas a la clase trabajadora son los primeros pasos esenciales.

Mientras tanto, la administración Biden marca un cambio desde la austeridad, al menos mientras ese cambio sea rentable para las grandes empresas. Pero esto no se debe a que Biden y el Partido Demócrata estuvieran convencidos de la necesidad de empoderar a los trabajadores y desafiar el poder corporativo. Todos los indicios que tenemos sugieren que el cambio parcial de la política es el resultado de los intereses y estrategias corporativas cambiantes, una respuesta al bajo crecimiento y un temor generalizado al populismo.

No confíe en mi palabra. Muchos recuerdan la promesa de Biden a los donantes en el verano de 2019 de que «nada fundamental cambiaría» si ganaba, pero pocos conocen el contexto completo.

Este es Biden sobre lo que haría su administración:

“La verdad del asunto es que todos ustedes, todos saben, todos saben en sus entrañas lo que hay que hacer. Puede que no estemos de acuerdo en los márgenes, pero la verdad es que todo está dentro de nuestra casa y nadie tiene que ser castigado. El nivel de vida de nadie cambiará, nada cambiará fundamentalmente. Porque cuando tenemos una desigualdad de ingresos tan grande como la que tenemos hoy en Estados Unidos, se genera y fermenta la discordia política y la revolución de base. No es una broma... Permite que los demagogos intervengan y digan que la razón por la que estamos donde estamos es por el otro. No eres el otro. Yo te necesito mucho. Espero que si gano esta nominación, no los defraudaré «.

Al apoyar a Biden en 2020, la coalición empresarial neoliberal que ha gobernado este país desde la década de 1980 ha demostrado que ha repensado partes de su dogma y ha soltado la correa a los políticos (aunque es demasiado pronto para declarar el fin del neoliberalismo). Pero la lucha real por reformas sociales importantes, mucho menos que el socialismo, aún no ha comenzado.

Estamos entrando en esta lucha con una poderosa clase multimillonaria presionando a la administración en todos los frentes, por un lado, y por el otro, una clase trabajadora y una izquierda que aún no es capaz de actuar como un contrapeso serio. Por lo tanto, es probable que los progresistas que esperan ansiosamente los próximos grandes movimientos de la Casa Blanca se sientan decepcionados. Como ha sido el caso en el pasado, las esperanzas de grandes cambios aumentarán o disminuirán con la capacidad de la clase trabajadora para conquistarlos desde abajo.